

Me ayudas con tu ventana abierta,
me ayudas con tu lámpara nocturna,
me ayudas con el ruido de tus pasos,
me ayudas, despierta o dormida,
me ayudas, con alegría o tristeza,
me ayudas, distante o cercana,
me ayudas solamente
porque te he conocido.

HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA

REQUIEM (Fragmento)

Como un centinela helado pregunto: ¿quién se esconde en el tiempo y me mira?
Algo pasa temblando, algo estremece el follaje de la noche,
el sueño errante afina mis sentidos, el oído mortal escucha
el quejido del perro de los campos.
Mirad al que empuja el árbol sahumado y se fatiga y derrama blancos
cabellos, parece un vivo.
Pero no responde nadie sino mi corazón que tiran reciamente con una
larga soga.
Nadie, sino el musgo que sigue creciendo y cubre las puertas.
Tal vez las almas desprendidas anden en busca de moradas nuevas.
Pero no hay nadie visible, sino la noche que a menudo entra en el hombre
y echa los sellos.
¡Oh presentimiento como de animal que apuntan! Terrible punzada que
me hace ver.
como en el ciego, lo que está adentro alumbra lo distante,
lo cercano y lo distante júnctanse coléricos.
Allá muy lejos, en el país de la montaña devoradora, veo unas lloronas
de cabelleras trenzadas
que escriben en las altas torres, que son familiares y amorosas, y parece
que dijeran
“unamos la sangre aciaga”.
¿Hacia dónde caen los ramilletes? ¿por qué componen los atavíos de los
difuntos?

¿quién enturbia las campanas como si alguien durmiera demasiado?
Aquí, me hallo tan solo, las manos terriblemente juntas,
como culebras asidas y todo se agranda en torno mío.
¿Acaso he de huir? ¿tomar la lancha que avanza como el sueño sobre
las negras aguas? No es tiempo de huir, sino de leer los signos.
¡Cómo ronda el corpulento que unta la espalda! las órdenes horribles
sale a cumplir.
De pronto escucho un grito en la noche sagrada, de mi
casa lejana, como removidos sus cimientos,
viene una luz cegada, una cierva herida se arrastra cojeando, sus pechos
brillan como lunas, su leche llena el mundo lentamente.

MARIO FERRERO

LA SAGRADA FAMILIA

Me salvé por milagro
de caer en las garras de una hermosa mujer,
una fina pantera de ojos verdes,
elástica y sonora,
dispuesta a visitar a los parientes.
a la hora del té.

Yo llegaba a su casa
como un ser de otra época
y me tendía al borde de sus ojos
como en un banco de medusas.
Allí gemía el viento coronado
de azules griterías,
danzaban las ondinas su eterna raza inmóvil,
un duende de platino
jugaba entre las algas
iluminando el mar.

Era un tiempo de mágica sorpresa,
bajaban de los árboles los trenes auxiliares
y una gota de sangre